

XIX.

Al regresar Fernando VII á Palacio sus guardias le acogieron proclamándole absoluto; escitando una contienda con algunos milicianos nacionales de que resultaron heridos por una parte y otra.— Por la tarde apoyaron el alboroto dos destacamentos agregados al servicio del régio alcázar; pereciendo un valiente oficial, Landaburu, jóven de ideas exaltadas, antipático por consiguiente á sus compañeros, y que fué asesinado al castigar la osadía de sus subalternos.—La Côte no creía conveniente el disimulo de sus propósitos, y en Palacio se celebraban las saturnales de la reacion, á presencia del Rey que se juzgó libertado de los compromisos constitucionales por aquellos

guardias, que jugaban sus cabezas con tan temerario arrojo.

La noticia del asesinato de Landaburu se esparce con increíble rapidez, y el grito formidable de venganza llena los espacios, proferido por la seccion avanzada del pueblo de Madrid.—La Milicia Nacional participa de la emocion iracunda, y la guarnicion se adhiere al designio de escarmentar las demasias de la Guardia sublevada.—El toque de generala convoca á los milicianos á sus cuarteles, y la tropa se pone en movimiento hácia Palacio, adonde no tarda en reunirsele la fuerza ciudadana.—Cerró la noche y guardaron sus posiciones respectivas unos y otros: la Guardia en la plazuela; la guarnicion y milicia en las avenidas que á ella desembocaban.—Todos esperaban al dia siguiente una lucha sangrienta: lucha que el ministerio debia inaugurar con disposiciones enérgicas sobre la escandalosa sublevacion; apelando á las fuerzas leales para sostener la causa amenazada por los desafueros de la Guardia.—El ministerio no daba señales de vida: se aguardaban de un momento al otro el manifiesto que participase su indignacion, y la órden de atacar á los audaces enemigos del sistema; pero aquel gabinete, que con su punible apatía hizo cobrar aliento á la ominosa reaccion, parecia abandonar la revolucion á

si misma, y desaparecer el día crítico; tan nullo para dar el golpe de muerte á la funesta insubordinacion, como lo habia sido para evitar que las cosas llegasen á semejantes estremidades.—Pasó el día sin que los hombres de la *seccion anillera* dirijiesen una palabra al pueblo para calmar su angustia; sin que ni un solo preparativo hiciera conocer á los sublevados que no se hollaba impunemente la disciplina.—Pasó el día en una mortal ansiedad; á la expectativa de consternadores sucesos. Los rebeldes no osando llevar sus planes mas adelante por la situacion imponente de la guarnicion y la milicia. Las tropas fieles en espera de una esplicacion por parte del poder, que revistiese sus empresas de fuerza moral.—Sobre la media noche salieron de Madrid cuatro batallones de la Guardia atravesaron las principales calles, y reuniéndose en el campo de Guardias, tomaron la direccion del Pardo.—Al amanecer salió en su busca Ballesteros con una pequeña columna; mas regresó sin aventurar el encuentro.—Morillo salió á volver á sus deberes aquellos ánimos estraviados; recibiendo una repulsa en sus reiteradas gestiones.—La voz pública acusó al ministerio de complicidad en el alzamiento; porque todas sus circunstancias venian á comprobar que sin convenir en los propósitos de la reaccion hubiera si-

do imposible brindarla tantas propicias ocasiones.—Convencidos en aquella hora los liberales de que el poder ejecutivo no tenía ni aun el valor aparente del decoro se entregaron á sus propias fuerzas, y fiaron á el entusiasmo popular la salvacion del sistema.—El Ayuntamiento se constituyó en sesion permanente. La guarnicion y la milicia tomaron posiciones defensivas. El Corouel San Miguel formó el batallon sagrado, compuesto en su mayoria de veteranos y oficiales retirados del servicio.—La diputacion permanente dirigió una esposicion apremiante al gobierno; haciéndole responsable de las desastrosas contingencias que tendrian lugar si no adoptaban las medidas oportunas.

Se supo al poco tiempo que eu tres dias de perenne y afanosa inquietud los ministros no habian hecho mas que procurarse una entrevista con dos oficiales de la insurreccion para negociar vergonzosamente con los sublevados.—En vez de jugar el todo por el todo con el aliento de los hombres de corazon, el gabinete se habia prometido regatear las condiciones de su existencia con los parciales del absolutismo; llegando hasta estipular que las reformas votadas por la representacion nacional serian anuladas; permitiéndose á la Guardia establecerse en Toledo y Talavera.—Hasta se espidieron sus pasaportes de marcha á

las tropas rebeldes cuando á la noticia de aproximarse á Madrid fuerzas respetables á las órdenes del capitán general de Castilla la Vieja resolvieron los pronunciados la intentona del siete de Julio.

Recorria una patrulla las calles de Silva y la Luna cuando divisó un batallón de la Guardia, apostado en la última, mientras otros dos se encaminaban á sorprender la plaza Mayor, donde se encontraban el Ayuntamiento y la Milicia, y el otro se situaba en la Puerta del Sol como reserva.—El fuego de la patrulla dió el alarma á la descuidada población, y fué causa de que se recibiera debidamente en la plaza á los acometedores.—Riego, Alava, Ballesteros, Morillo y otros generales capitaneaban á la Milicia, y dos cañones ametrallaban á quema-ropa á los que avanzaban sobre la fuerza local, que se batió con un ardimiento, inesperado para sus presuntuosos enemigos.—Rechazados de la plaza, perseguidos á la bayoneta por la calle Mayor, lanzados de la Puerta del Sol por la artillería, y estrechados vigorosamente hasta la calle del Arenal, los guardias buscaron refugio en la plazuela de Palacio, de donde se aventuraron á salir los otros dos batallones, mientras que el batallón de la calle de la Luna evacuaba precipitadamente la capital, saliendo al campo y entrando despues de

concluido el fuego.—Hora y media duró el combate; hora y media en que palmo á palmo se disputaron el terreno la revolucion y la reaccion, y en que las esperanzas de una y otra se mantuvieron en fatigosa alternativa.—Al llegar á Palacio los perseguidores de la Guardia hicieron alto, acatando el asilo de sus enemigos, porque servia de morada á la persona real; y aquellos gefes que la córte llamaba los jacobinos y los armados contra el altar y el trono, aquellos nacionales, que los absolutistas apodaban republicanos, aquellos miembros de las sociedades secretas, que se suponian minando incesantemente las bases relijiosas y políticas del Estado, se detuvieron ante el alcázar régio como pudieran verificarlo ante la casa de Dios.—Se decidió la suerte de los vencidos decretando el desarme; pero los rebeldes salieron segunda vez de Madrid, siendo preciso emplear en su persecucion gefes de toda confianza hasta conseguir el cumplimiento del decreto de desarme.

Los periódicos lejitimistas de Francia pusieron en parangon aquella jornada con la del diez de agosto en las Tullerías; atribuyendo al noble pueblo de Madrid los sanguinarios excesos con que los parisienses mancharon una revolucion grandiosa.—El cuerpo diplomático manifestó temores que estu-

vieron muy distantes de los acontecimientos; porque el respeto á la Magestad fué llevado hasta un punto inconcebible en hombres que tenían tantos motivos de creer que el Soberano era el primer conspirador contra las libertades públicas; que la corte instigaba á los Guardias; aplaudiéndose de recobrar por este medio las influencias recatadas, que encubría la esplotada voluntad monárquica.

Fernando VII en los primeros dias de la insurreccion, cuando el pueblo esperaba en ansiosa agonía el instante de una contienda funesta con los sublevados, recibió lleno de júbilo las felicitaciones del cuerpo diplomático y de personas destituidas de caracter oficial, que le suponían absoluto.—En su conferencia con los comisionados de la Guardia rebelde estuvo indeciso entre recobrar sus fueros, y contemporizar con reprimir las principales bases del constitucionalismo, sin abolir el sistema; de acuerdo con el ministerio que tenía la candidez de hurgarse como posible semejante avenimiento.—Tan pronto como llegó á su noticia que los Carabineros Reales y el Provincial de Córdoba se habían pronunciado en Castro del Rio, pasando á la Mancha con intento de recojer fuerzas y dirigirse á Madrid, aclamando el absolutismo, Fernando rechazó la idea del gabinete, y renunciando á todo proyecto de transaccion en-

tre sus intereses y los populares, trató de poner en práctica el acuerdo que costó la vida al desafortunado Vinuesa.—Los ministerios se encontraban entonces en el mismo Palacio, y los ministros hallaron cerradas las puertas del Alcázar cuando quisieron salir; quedando prisioneros igualmente que el Jefe político, que había ido á tomar órdenes del ministro de su ramo.—Reinaba en Palacio una ansiedad inexplicable para los desconcertados ministros constitucionales, que veían al Monarca entretenerse en pláticas secretas con unos y otros, y eran objeto de cuchicheos y blanco de miradas burlonas.—Por fin se divisaron una série de farolillos rojos, que correspondían con Madrid desde el Pardo, y denotaban la marcha sobre la capital de la Guardia rebelada.—El infante Don Carlos que sin apartarse de una ventana había estado en aguardo de la deseada señal, apenas divisó las ténues lucecillas encarnadas, que daban aviso del movimiento corrió á incorporarse con su real hermano, restregándose las manos lleno de júbilo, señalando á los anuncios de la próxima lucha, y exclamando enajenado de gozo « ¡absoluto! ¡absoluto! »—El fragor de la fusilería y los estampidos del cañon mantuvieron en penosa incertidumbre á la corte largo espacio, y creció la espectacion medrosa cuando llegó un mensajero con la nueva

de que la Guardia venía retirándose hacia Palacio, rechazada por la guarnición y Milicia, y acosada sin tregua por la artillería.—Cuando los fugitivos se asilaron en la Plazuela un abatimiento profundo se apoderó de todos los ánimos, y los salones quedaron desiertos. Mencionan los diarios legitimistas de Francia: en España ni había revolucionarios que hollaran la morada régia, ni defensores de la monarquía que supieran morir, guardando los aposentos de la familia real.—Fernando firmó sin permitirse el mas mínimo reparo el decreto del desarme de la Guardia, y aun tuvo valor para salir á los balcones de su Palacio, animando con el gesto y la voz á los perseguidores de los rebeldes, que emprendían la fuga por la puerta de la Vega.—El pueblo Madrileño celebró con funciones religiosas y cívicas su triunfo, y el ministerio puso término á su vergonzosa existencia con una dimisión, que prevenía una destitución inminente.

XX.

El habiendo fracasado el proyecto de la Corte, Fernando VII comprendió la necesidad de entregarse al partido de la exaltación, que había dado eminentes pruebas de brío y sensatez en las últimas circunstancias.—Riego arengó á la Milicia ciudadana, encargándola que suprimiese las manifestaciones entusiastas á su persona; sustituyendo los vivas á su nombre con vítores al Rey Constitucional.—El Ayuntamiento hizo presente que las burlas encendían las disensiones políticas, dando pretexto á los desórdenes; prohibiendo el *Trágala*, el *Responso* y demás canciones análogas.—Por último, ni un insulto recibieron los marcados absolutistas, que habían he-